

Convocando á los caciques y á los butíos de Cholula, les habló de su intento, y tan bien entabló las pláticas y tanto le favoreció la suerte, que consiguió hacer amigos á dos pueblos que eran encarnizados enemigos.

Las ceremonias de esta reconciliacion fueron en extremo solemnes.

Los de Cholula y los de Tlaxcala, representados por sus magistrados más importantes, acudieron con Hernan Cortés al punto que marcaba la frontera de ambas provincias.

Allí se juraron todos paz y amistad, celebrando con fuegos de artificio, con danzas y con ejercicios gimnásticos, que asombraron á los mismos españoles, un acto que ponía término á las rivalidades, à las luchas que desde tiempo inmemorial venian sosteniendo aquellos pueblos.

De este modo consiguió Hernan Cortés el triunfo moral más grande que registra la historia del Nuevo Mundo. (B)

## CAPITULO XV.

### Un lazo descubierto.



HERNAN Cortés, ántes de que encargase á los embajadores que anunciassen á Moctezuma el resultado de la batalla sostenida entre los cholulanos, enviaron aquellos correos de hora en hora para que noticiasen à su señor los pormenores de aquella sangrienta lucha.

La desesperacion de Moctezuma llegó al colmo.

Era necesario reunir todas las fuerzas del imperio y arrojarlas sobre los españoles para que los desbaratasen de una vez.

Sin embargo, aquellos enemigos se hacian cada vez más formidables.

En Tabasco habian vencido á una horda de salvajes.

En Tlaxcala habian destruido un ejército casi tan poderoso como el mayor que él podia reunir.

En Cholula habian triunfado de la astucia y de la fuerza combinadas.

¿Qué resistencia podia emplear contra aquellos hombres, al parecer invencibles?

Mandó de nuevo consultar á los dioses.

Se entregó con más asiduidad que nunca á la oracion.

Mitigó un momento sus rigores para aplacar el odio que inspiraba á sus vasallos.

Consultó á los augures, y uno de ellos que gozaba fama de sabio:



—Cuantas veces emplees la fuerza contra tus enemigos, le dijo, perderás el tiempo.

Frente á frente, en campo descubierto, vencerán siempre.

Pero si logras que al salir de Cholula encuentren á los lados de un espeso bosque que tienen que atravesar, á tus soldados, y los sorprenden y caen sobre ellos y los asesinan, pronto te verás libre de su persecucion.

Moctezuma nombró nuevos embajadores, dando este cargo á personas de la más elevada categoría, y los envió á la ciudad de Cholula con un rico presente é instrucciones para engañar de nuevo á los extranjeros.

Cuando llegaron, se disponia Hernan Cortés á proseguir la marcha.

Diéronle mil excusas en nombre de Moctezuma, le aseguraron que si los de Cholula habian cometido el atentado que ellos lamentaban, habian obrado contra su voluntad, y los declaraban traidores.

Y como si no bastasen estas demostraciones de amistad, añadieron en nombre del emperador de México:

—Ahora más que nunca desea veros, para manifestaros por sí mismo su pesadumbre y la admiracion que le inspirais.

—Mi deseo es el mismo, contestó Hernan Cortés. Mañana sin falta continuaré la marcha. Decidlo así á vuestro soberano.

Esperaba al dia siguiente algunas provisiones que habia pedido á Juan de Escalante, enviándole al hacerle esta peticion algunas joyas, para que de su parte las regalase al cacique de Zempoala.

A este objeto le envió con seis zempoales una carta, noticiándole todo lo que habia pasado, y encargándole que lo transmitiera á sus aliados.

El ejército se puso en marcha, y pernoctó en una aldea de la jurisdiccion de Juajocingo.

Allí llegaron comisiones de los caciques del país para rendir

pleito homenaje á los conquistadores, y ofrecerles víveres y otros regalos.

Los que acudieron á hacer estas demostraciones, manifestaban á Hernan Cortés cuánta era la alegría que experimentaban por los triunfos que habian alcanzado, y sobre todo, porque esperaban que en lo sucesivo les libraria de la persecucion y la tiranía de Moctezuma.

Al amanecer del dia siguiente continuaron los españoles la expedicion, y llegaron á la falda de una sierra que tenían que subir para seguir la direccion que habian llevado.

Uno de los caciques de Juajocingo dijo á Marina al despedirse de ella:

—Encarga á tu cacique que no se fie de los mexicanos.

En el lado opuesto de la montaña tienen gentes emboscadas.

—A este aviso, trasmitido por Marina á Hernan Cortés, debieron su salvacion los españoles.

Comenzaron á subir la montaña, y aunque no sin trabajo, llegaron á la cumbre.

La pendiente era suave.

Un inmenso bosque ocultaba á su vista un espacioso valle que habia al pié de la falda de la montaña.

Desde la cumbre empezaba la provincia de Chalco.

Al comenzar el bosque vieron dos caminos.

Uno de ellos tenia cubierta la entrada con troncos de árboles, y parecia muy enmarañado.

El otro se veia llano; pero al poco trecho las ramas de los árboles cerraban el horizonte.

Hernan Cortés se alarmó.

Dando la voz de alto, preguntó á los embajadores que le acompañaban:

—¿Por qué razon hay estos dos caminos?

—Ese que veis tan malo, es el que recorren los habitantes de esta montaña para comunicarse unos con otros.



Pero el emperador, nuestro señor, ha dispuesto que se practique para vos y para los que os acompañan esta otra nueva senda.

Aquel está erizado de peligros, y siendo tan amistosos los sentimientos que inspirais á Moctezuma, no ha perdonado medio para facilitaros la llegada à su ciudad.

—¿Y habeis creído, exclamó Hernan Cortés sonriendo, que entre un camino llano y otro aspero y escabroso, mis soldados y yo elegiríamos el primero?

Estais en un error.

Esa senda escabrosa es la que seguiremos, sin más razon que la de que ofrece dificultades.

Y mandando á los zempoales que separasen los troncos que interceptaban el paso:

—Por aquí, dijo á los suyos en medio de la consternacion de los embajadores de Moctezuma.

La Providencia le inspiró.

No solo consiguió librarse de una terrible emboscada que le tenían preparada los mexicanos ocultos entre los árboles del otro camino, sino que dando á entender á los embajadores primero, y despues á los soldados de Moctezuma, que habia adivinado el peligro, que nada podia ocultarse á sus ojos, que eran real y positivamente superiores á ellos, consiguieron anonadar á los agentes de Moctezuma que le acompañaban, y difundieron un terror pánico entre los soldados de México; los que abandonaron sus propósitos, corrieron á noticiar al emperador lo que habia sucedido y su resolucion de no excitar la ira de aquellos hombres que con tanto prestigio se presentaban á sus ojos.

Al final del bosque se abria un espacioso valle.

Allí encontraron los viajeros unos caseríos; que fueron elogiados por Hernan Cortés para pasar la noche, no sin tomar ántes todas las precauciones, porque estaban ya completamente convencidas de que tenían que luchar, no solo contra la fuerza, sino contra la astucia.

## CAPITULO XVI.

### El último recurso.



GRAN parte de los mexicanos emboscados corrieron precipitadamente hasta México, cuyo territorio lindaba con el de la provincia de Chalco, en la que se hallaban los españoles.

La noticia de haberse descubierto el nuevo lazo que habian tendido á sus enemigos, les desconcertó, llenando su alma de una profunda consternacion.

—¿Qué es esto, Topilzin? exclamó Moctezuma, elevando sus ojos al cielo. ¿Se cumplirán las profecías de los teopixques?

La primera determinacion que tomó fué encerrar en las prisiones de su palacio á los que, refiriendo el modo que habian tenido los españoles de evitar la emboscada, podian disminuir su prestigio á los ojos de los mexicanos.

Despues se encerró en una habitacion de mármol negro que se llamaba «el cuarto del silencio,» y allí permaneció algunas horas meditando el partido que tomaria en su afflictiva situacion.

Desde los primeros dias de su reinado, los sacerdotes ó teopixques habian predicho, como ya saben nuestros lectores, que caerian grandes calamidades sobre México.

—¿Será un castigo, se decia Moctezuma, lo que me envía el dios de la venganza?

¿Habrán irritado á los númenes los actos de mi vida?



¿Habrán podido comunicarles el ódio que me profesan los habitantes de los Estados que gimen bajo el peso de mi yugo?

Oyendo à su conciencia, no podia ménos de estremecerse.

Y como el criminal es débil y miedoso, quiso apurar todos los medios para saber si en efecto los ídolos se hallaban indignados contra él, resuelto à implorar su gracia por medio de la oracion y de los sacrificios.

Aquel dia no lograron verle ninguno de los príncipes que formaban parte de su familia, y mucho ménos los tlatoanis, ni los teutlis, altos funcionarios y nobles caballeros de su córte.

En cambio mandó llenar à los teopixques ó butios que de mayor prestigio gozaban ante el sentimiento religioso de los mexicanos.

Cuando estuvieron en su presencia:

—En muchas ocasiones, les dijo, habeis pronosticado que un dia llegarían à nuestra patria unos hombres descendientes de Quezalcoal, señor de las siete tribus de Navatlacas.

Explicadme una vez más la causa en que se funda ese vaticinio.

—Señor, dijo el teopixque más venerable, no ignoras que consideramos como fundador de los pueblos primitivos del poderoso imperio, cuyos destinos regís, al príncipe Topilzin.

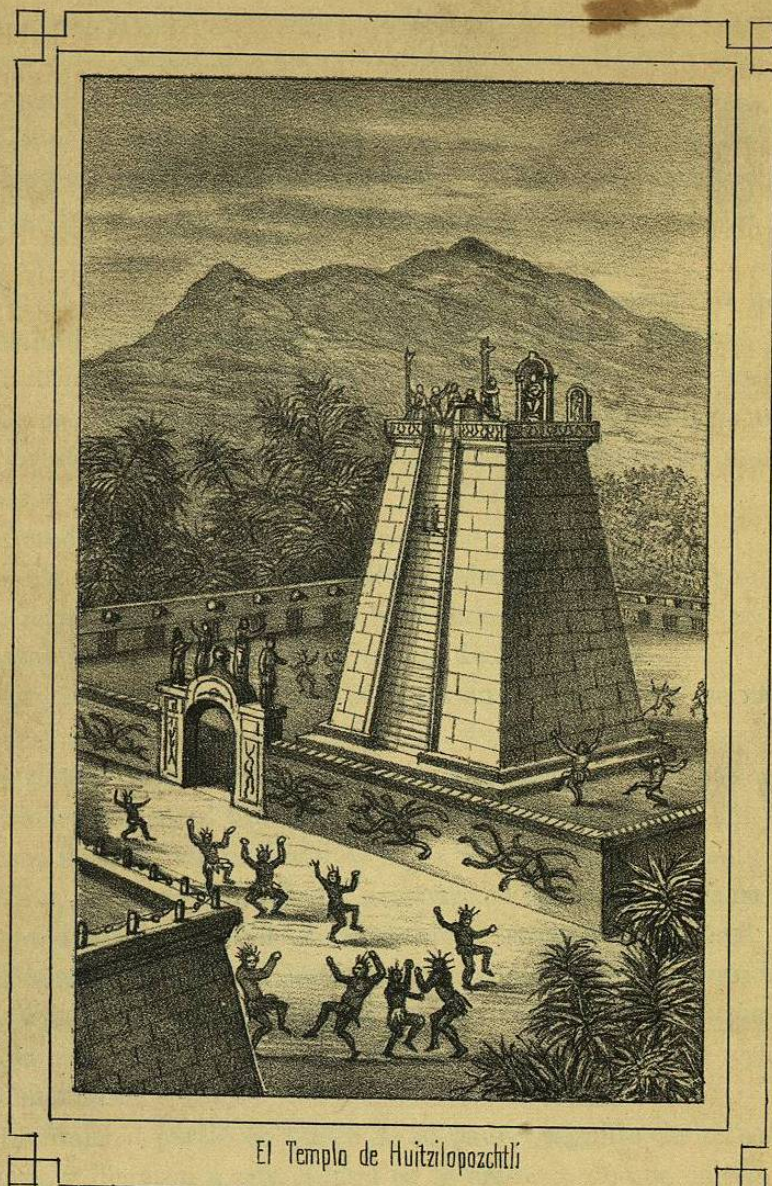
Este, padre de Quezalcoal, desapareció del lado de los navatlacas, dejando el mando de estas siete tribus à Quezalcoal.

Preguntando à los dioses el angustiado hijo, que no veía tornar à su padre, dónde habia ido, anunciáronle aquellos que se habia encaminado à un país fértil y dichoso, en donde residía la felicidad.

Quezalcoal partió en busca de su padre, seguido de los navatlacas, y llegaron à esta ciudad en la creencia de que en ella residía Topilzin.

Desengañado Quezalcoal, resolvió partir de nuevo en busca de su padre.





El Templo de Huitzilopochtli

Ld. de Guerra y Valle

Pero los navatlacas, considerándose muy dichosos al habitar en un país tan fértil y tan espléndido como este, no quisieron seguirle.

«Pues yo voy á cumplir mi destino, les dijo:

«Quedad en paz, y ya que no quereis acompañarme, ya que desobedecéis mis órdenes, os enviaré un día á mis descendientes para que os castiguen si lo mereceis ó para que os instruyan en las leyes y en las ciencias maravillosas si os haceis dignos de tan señalados favores.

Esta profecía ha sido trasmitida de padres á hijos.

Cuando la dinastía azteca, á la que perteneceis, convirtió en imperio este país, se apareció en tiempo de uno de vuestros antecesores una yxtasihualt ó dama blanca, vestida con túnica de soles y signos misteriosos.

Su aparicion se verificó en la cima del monte que todavía conserva su nombre.

Asombrado el pueblo, pidió á los teopixques que interrogaran á aquella aparicion.

Subieron todos al monte y conversaron con ella.

Oyeron de su boca que ántes de medio siglo llegarían los descendientes de Quezalcoal para castigar con rigor á todos los príncipes tiranos é impíos.

—¿Y dais entero crédito á esos vaticinios? preguntó Moctezuma.

—Por desgracia, sí.

—Pues bien, es necesario que hagáis nuevos sacrificios á nuestros ídolos, que les preguntéis acerca del porvenir que nos aguarda, que esta misma noche vayamos todos en medio del silencio al Teocalí (1) de Huitzilopochtli el dios de la guerra, para que yo pueda formar una opinion y presentarme mañana á mi consejo.

Obedecieron los sacerdotes.

1 Templo.



Moctezuma dispuso que inmediatamente fuesen conducidos desde las prisiones hasta el ara las víctimas que tenían reservadas para sus inhumanos sacrificios.

¡Con qué avidez, con qué impaciencia, con qué fiebre esperaba aquel hombre, á quien temia una nacion entera, las respuestas de sus divinidades!

Los teopixques tornaron al oscurecer.  
Los ídolos estaban discordes en sus respuestas.

Aconsejábanle unos que abriese las puertas de la ciudad á los españoles, aceptando con generosidad la paz y el afecto que le brindaban.

Decíanle otros que debia permitir su entrada en México.

Però tenderles al mismo tiempo un lazo para que cayeran todos en él, y no pudiera salvarse ni uno solo.

Otros, por último, le aconsejaban que no anduviese con contemplaciones, que reuniese todas sus tropas, que saliese al encuentro de los opresores, que luchase con ellos, seguros de castigar su audacia.

Este consejo era el que más les agradaba, por estar en armonía con su carácter; sin embargo, no desistió de su propósito de ir al teocali de Huitzilopoztli para consultar á aquel oráculo, en su concepto el más eficaz.

Miéntas celebraba todas estas conferencias con los sacerdotes, los príncipes, los altos dignatarios de palacio, el pueblo en masa, aguardaban con ánsia una resolucion del emperador.

Postrándose de hinojos ante el asqueroso ídolo que representaba el dios de la guerra, permaneció abismado largo tiempo.

En medio de su meditacion oyó una voz, que le dijo:

«Haz que los magos y agoreros destruyan á los españoles á fuerza de conjuros.

Al volver á su palacio dió orden para que al dia siguiente muy temprano acudieran á ponerse á sus órdenes todos los nigrománticos del imperio.

Más de doscientos, entre augures y magos, acudieron al dia siguiente á palacio.

—Vais á partir, les dijo Moctezuma, al encuentro de los extranjeros que quieren penetrar en mi ciudad.

Es necesario que los ahuyenteis, que eviteis con vuestra magia que avancen un solo paso más.

En vosotros confio.

Si conseguís que retrocedan, nadie tendrá más privilegios que vosotros en todo el imperio.

Si nada lograis, sereis sacrificados en todos los templos por impostores, puesto que no será verdadero entónces el poderío que suponeis tener sobre los miseros mortales.

Los nigrománticos salieron del palacio, y se encaminaron, en medio de la admiracion universal, por la calzada que conducia á Chalco.

Moctezuma volvió al teocali de Huitzilopoztli.